

CIUDADANÍA Y CULTURA POLÍTICA EN UN CONTEXTO DE VIOLENCIA SOCIAL

INTRODUCCION

Más allá de su impacto en el desarrollo económico, la violencia social y la organizada afecta el tejido social y transforma también la cultura política, ya que muchos ciudadanos abandonan la participación social y política. Lo importante es identificar que el clima de violencia que hoy prevalece en nuestro país es el resultado del incremento de la delincuencia común y la organizada y no por motivaciones políticas, ni se produce en un contexto de guerra.

Esta violencia provoca en los ciudadanos sentimientos de incertidumbre e inseguridad, quienes ante la sensación de amenaza buscan protección y seguridad por parte del Estado, pero cuando éste se muestra incapaz de solucionar esta problemática la sociedad cuestiona su legitimidad y se pueden presentar acciones que debiliten la ya frágil institucionalidad democrática.

Esta situación aparte de trastocar al sistema “democrático” de nuestro país, afecta el fortalecimiento de la ciudadanía. En la historia social, la ciudadanía es la que otorga la condición de pertenencia y participación en la organización política, donde se integran los miembros de la sociedad. La ciudadanía hace referencia a un conjunto de prácticas y usos que otorga a los individuos la cualidad de agentes activos.

Por otro lado, la participación como presupuesto básico de la democracia ha dado paso al surgimiento de un discurso que reclama una ciudadanía, que más que portadora de derechos y obligaciones, los convierta en práctica, para dar paso a una ciudadanía activa, que participe en la vida de la comunidad y tenga mayor presencia e intervención en los asuntos que les afectan directamente. Esto conlleva el reconocimiento de múltiples ciudadanía, no sólo de aquella que se construye a partir de los deberes y responsabilidades asignados por el

Estado; sino las que se están construyendo a partir de la articulación de experiencias e identidades sociales diferenciales y lugares concretos donde la ciudadanía se negocia, reproduce y articula.

La participación en el espacio público, ya sea en lo político o en lo social no puede ser considerada exclusivamente como un fenómeno colectivo, pero tampoco debe reducirse al comportamiento estrictamente individual, más bien ubica el comportamiento del individuo en interrelación con su entorno, es decir, a partir de su habitus como el principio generador de las prácticas sociales.

No obstante, los elevados niveles de violencia obstaculizan el desarrollo de una cultura política democrática que se sustenta en la participación y atentan contra el tejido social, propiciando el surgimiento de una cultura política autoritaria, la reducción de los espacios públicos para la participación ciudadana y genera desconfianza entre los ciudadanos, así como en las instituciones políticas del país.

Por lo anterior, esta ponencia explora la relación entre la ciudadanía y la cultura política con la violencia social, con el objetivo de determinar el grado de influencia que ejerce la violencia en la construcción de la ciudadanía y la cultura política. En este sentido la exposición de este documento se hará en cuatro partes, en las tres primeras se expondrá el significado, el contenido y algunos datos relevantes de los tres conceptos que dan título a esta ponencia y en el cuarto y último apartado se establecerá una conexión entre éstos.

Palabras clave: Ciudadanía, cultura política, violencia

CIUDADANIA

En el terreno teórico, el concepto de ciudadanía es bastante controvertido por varias razones, entre ellas por su extremada carga normativa y valorativa que lo somete a una gran tensión entre el *ser* y el *deber ser* y por estar estrechamente relacionado con el contexto social y político. La noción de ciudadanía posee múltiples sentidos, que tienen que ver con el concepto mismo, sus contenidos, su status, sus significados y su origen. De tal manera

que teóricamente, dependiendo del enfoque con el que se le analice, adquiere distintos significados y valores políticos diferentes. Los significados más comunes de ciudadano están fuertemente relacionados con el disfrute de derechos con la finalidad de proteger la libertad individual; con un conjunto de derechos y obligaciones que determinan su reconocimiento formal a una comunidad política o nación; con su pertenencia y contribución al bienestar de una comunidad y como una identidad cívica, a partir de aspectos sociales y culturales.

Ante la cantidad de calificativos en el concepto de ciudadanía, es lógico toparse con una heterogeneidad teórica que complica su utilidad analítica y si a esto se le adiciona un constate proceso de pérdida de la identidad política y de pérdida de confianza en las instituciones democráticas, el problema se vuelve más complejo. Por ello, su abordaje teórico se puede hacer en dos niveles: el primero haciendo una revisión del origen de la ciudadanía en América Latina y el segundo, a través de los enfoques teóricos tradicionales en el contexto de la modernidad, el liberal, el comunitarismo y el republicanismo. Lo importante es entender la naturaleza cambiante de la ciudadanía.

En el primer nivel, es importante diferenciar al ciudadano latinoamericano del ciudadano europeo, pues el ciudadano de América Latina por más que se acerque a las nociones de igualdad y de universalidad que caracterizan al ciudadano moderno, no se ha desprendido de sus pertenencias comunitarias. Entre otras razones porque tanto el discurso y el imaginario plasmado en la normatividad muestran que los individuos piensan a la sociedad como compuesta por comunidades y la más importante de ellas: la familia. Asimismo, a pesar de que el ciudadano aparece definido en muchos momentos por su pertenencia a la Nación, en otros es concebido como miembro de una comunidad concreta. Por tanto, en términos generales, muchas de las características del ciudadano remiten a las del vecino (François-Xavier Guerra, 1999).

A diferencia del ciudadano que surge con la modernidad, como un sujeto individual con una pertenencia a una colectividad abstracta, el vecino que surge con la comunidad es siempre un hombre concreto, territorializado, enraizado y es esta pertenencia la que lo dota

de identidad y orgullo. Esto es fundamental para entender la ciudadanía en nuestro país, pues no podemos ignorar que la ciudadanía es el resultado de una serie de hibridaciones entre imaginarios y prácticas políticas y prepolíticas.

En el segundo nivel de análisis resalta que en el **modelo liberal** de ciudadanía, el énfasis está sobre los derechos, más que por las obligaciones; por tanto, las garantías individuales son más importantes que los derechos sociales. Considerando que estos derechos son de origen contractual y éstos otorgan estatus, se acepta la existencia de derechos especiales, siempre que no violen las libertades individuales. Propugna por el respeto a los derechos y demandas de los demás, sin asumir el compromiso de hacerlos afines con los propios.

La identidad para el liberalismo es una construcción individual, que no requiere de interacciones sociales, de ningún tipo, incluyendo las políticas, pues la autorrealización se edifica a partir de las necesidades del individuo, por consiguiente, el individuo es resultado de elecciones propias. No obstante, reconoce la existencia de dos tipos de identidades, las cuales coexisten, sin que una esté por encima una de la otra: una identidad privada, que se basa en la racionalidad y en la lógica de fines-medios (maximizar utilidad), y una identidad pública, que se vincula con la justicia, con el hecho de actuar con reciprocidad y construir una sociedad cooperativa y equitativa para vivir dentro de una sociedad bien ordenada.

El **modelo comunitarista** de ciudadanía tiende a negar la universalidad de los derechos, para dar paso derechos especiales, que tienen que ver más con el espacio local, en virtud de que sus principales obligaciones son hacia la comunidad. Por tanto, el bienestar de la comunidad es más importante que la libertad o autorrealización individual y que los derechos individuales.

La identidad en la lógica comunitaria se construye a partir del sentido de pertenencia o la membresía. Por tanto, el individuo separado de la comunidad es una abstracción, pues está fuera de ella. Las acciones del ciudadano están orientadas a la búsqueda del bien, por lo cual tiende a construir relaciones de beneficio mutuo, amistad, amor, altruismo, que lo invitan a participar en labores voluntarias y proyectos vecinales de manera activa.

Para el modelo republicano de ciudadanía las obligaciones están por encima de los derechos y la principal de estas obligaciones es participar activamente en la democracia, en aras del bien común y del fortalecimiento de la propia democracia. Este enfoque se orienta a la búsqueda de la igualdad, por ello considera que los derechos económicos son el fundamento de los derechos civiles, políticos y sociales.

En el contexto republicano la identidad se construye en relación con el Estado, por lo que la participación en el espacio público es indispensable para la autorrealización del individuo. Esto lo lleva a anteponer el bien público sobre el interés privado. En esta lógica, el ciudadano conoce y respeta los fundamentos constitucionales de su comunidad política, y por consiguiente participa en debates sobre el bien común y busca solucionar el problema de la desigualdad social.

CULTURA POLITICA

La cultura política es el resultado de las reelaboraciones individuales, a partir de la experiencia y el razonamiento, esto no implica que el individuo no reciba influencias del sistema. No obstante, la relación entre el individuo y el sistema político es compleja, pues ésta comprende, por un lado, la conformación de la cultura individual, que se construye a partir de la socialización primaria y la socialización secundaria o “resocialización” y por otro lado, con base en la experiencia, producto de la participación o del comportamiento.

El concepto más tradicional de cultura política es el que construyeron Gabriel Almond y Sidney Verba (2007), desde un enfoque conductista¹. Esta referencia es obligada en la mayoría de los estudios sobre este tema. Para estos autores, en la conformación de la cultura política² intervienen las actitudes políticas y las no políticas, (económicas, éticas,

¹ El trabajo pionero y más representativo de este enfoque es el realizado por Almond y Verba *The Civic Culture*, desarrollado a principios de 1960 y consiste en un análisis comparado de datos empíricos.

² Almond y Verba (1989) definen literalmente a la cultura política de la siguiente forma: “*The term ‘political culture’ thus refers to the specifically political orientations –attitudes toward the political system and its various parts, and attitudes toward the role of the self in the system. We speak of a political culture just as we can speak of an economic culture or a religious culture. It is a set of orientations toward a special set of social objects and processes.... When we speak of the political culture of a society, we refer to the political system as internalized in the cognition, feelings, and evaluations of its population... The political culture of a nation is the particular distribution of patterns of orientation toward political objects among the members of the nation*”.

religiosas y sociales), pues en las elecciones y preferencias de los individuos intervienen las costumbres, tradiciones y la cultura, pero también el sistema político³. De hecho, Los tipos de cultura política definidos por Almond y Verba aluden a la vinculación del individuo con el sistema. Para otros autores (Durand Ponte, 2004) la cultura política del individuo, es resultado de un proceso personal y complejo y no está determinada por el sistema político, sino por el lugar que ocupa en otras culturas sociales o de otro tipo como las tradiciones, ritos o el arte, que definen sus comportamientos, valores y actitudes.

En la cultura política intervienen evaluaciones, informaciones y vínculos afectivos que condicionan distintos tipos de comportamiento político, pero también el sistema político. Asimismo, existen elementos como el estatus socioeconómico, edad, sexo, o la participación colectiva que también influyen de manera significativa en la definición de la cultura política.

Para Durand Ponte (2004) la cultura política es el conjunto de dimensiones,⁴ valores, actitudes, ideología y evaluación que los ciudadanos hacen del sistema político, del régimen, de las distintas instituciones y de ellos mismos como ciudadanos. A partir de esto el individuo define sus comportamientos, valores y actitudes, también influyen en la definición de la cultura política otros elementos como el estatus socioeconómico, edad, sexo, o la participación en grupos comunitarios⁵.

En la misma línea conductista, Jacqueline Peschard (1994) establece que en toda sociedad existe una cultura política de tipo nacional, producto del desarrollo histórico, en la que están ancladas las instituciones políticas y esta cultura se transmite de generación en generación, a través de procesos de socialización. Relata que la cultura política como noción es bastante antigua, pero como concepto fue definido por la ciencia política

³ Cultura de tipo parroquial, de súbdito y participativa.

⁴ Estas dimensiones al mismo tiempo que permiten diferenciar los tres ámbitos de la cultura —las creencias, las formas de evaluar y la participación— ayudan a comprender las relaciones que existen entre ellas en cada tipo de cultura política, democrática o autoritaria, y permite conocer cómo cambian o se modifican en el tiempo, cómo cambian en su interior y cómo afectan sus relaciones con las otras dimensiones (Durand, 2004).

⁵ Para Durand la cultura participante no requiere de una ciudadanía plena, pero sí presupone la cívica y la política

norteamericana a mediados de 1950⁶. Es un concepto que nace ligado al tema de la modernización,⁷ es decir, en la transición de una sociedad tradicional a una moderna que requiere del consenso de la sociedad, pero sobre valores y normas que respalde a sus instituciones políticas y que legitime sus procesos. Por tanto, el concepto y el enfoque sobre la cultura política nacen vinculados a una valoración positiva de la democracia liberal. De acuerdo con lo anterior, un sistema democrático estable se sustenta en una cultura política democrática que legitime el modelo de democracia de los países avanzados.

Rosalía Winocur y Roberto Gutiérrez (2005) construyen un concepto de cultura política más completo, pues para ellos ésta es una noción que se ubica en la encrucijada de diversas disciplinas, desde la antropología, la sociología, la ciencia política, la psicología social y el psicoanálisis. Partiendo de estas consideraciones, definen la cultura política como una síntesis heterogénea y en ocasiones contradictoria de valores, informaciones, juicios y expectativas que conforman la identidad política de los individuos. En la cultura política intervienen evaluaciones, informaciones y vínculos afectivos que condicionan los distintos tipos de comportamiento político posibles.

El estudio de la cultura política parte del reconocimiento de que las prácticas políticas tienen que ser descifradas a partir de un análisis hermenéutico que exponga el significado y sus implicaciones en un contexto determinado. Esto porque cada acto tiene un significado particular, que se debe interpretar a la luz de una red de significaciones particulares en una situación dada. Para comprender el significado de la práctica política es necesario reconstruir los imaginarios colectivos y esclarecer si esta actividad se percibe como propia de grupos cerrados, guiada por intereses personalistas y marcada por valores negativos o positivos, favorables para la calidad de la vida cotidiana. En este mundo las personas actúan según determinados sistemas generadores de prácticas y de disposiciones heredadas inscritas en el habitus de cada grupo social y rara vez se interrogan sobre sus sentidos (Winocur y Gutiérrez 2005).

⁶ Con el concepto de cultura política se quiere llenar el vacío entre la interpretación psicológica del comportamiento individual y la interpretación macrosociológica de la comunidad política, relacionando el comportamiento del individuo con el funcionamiento de las instituciones políticas (Peschard, 1994).

⁷ Según Peschard (1994) las teorías de la modernización son las que más interés tienen en definir el fenómeno de la cultura política y son las que mejor explican por qué y cómo se acuñó dicho concepto.

La cultura política tiene una naturaleza siempre heterogénea y cambiante, por eso, tratar de hacer reflexiones en el ámbito de la cultura política implica considerar la coexistencia de rasgos contradictorios que emanan de tradiciones y dinámicas distintas. No obstante, esta heterogeneidad permite contrastar las distintas percepciones culturales a la luz del impacto que tienen en los procesos ideológicos y sociopolíticos de un contexto determinado (Winocur y Gutiérrez 2005).

Las actividades sociales se reproducen en la vida cotidiana, tanto a nivel individual como colectivo, a partir de ellas cada individuo se proyecta ante los demás, interactúa y adquiere una posición determinada en el funcionamiento y entramado social. En la vida cotidiana ocurre y transcurre la vida normal de los individuos, allí se construye el mundo de los significados que construyen los imaginarios colectivos y las representaciones sociales. La posibilidad de incidir en la toma de decisiones es fundamental para decidir qué actitudes, comportamientos, compromisos y responsabilidades asumirán frente a los otros.

Por medio de los procesos de socialización el individuo construye la realidad objetiva y subjetiva. Existen distintos tipos de socialización: la socialización primaria, permite al individuo construir su identidad personal, edificando un yo que determina sus acciones, su pensar y su sentir. La socialización secundaria, se desarrolla a partir de la internalización de “submundos” institucionales y en este proceso transforma el yo interior. Los principales agentes de socialización son la familia, la escuela, los grupos de pares y los medios de comunicación.

La socialización política, es un proceso de aprendizaje e interiorización de valores, símbolos y actitudes frente a la política. A partir de la socialización primaria y la socialización secundaria o “resocialización” se construye la cultura individual. Esta reelaboración individual, sumada a la participación y el comportamiento que emerge de la experiencia y el razonamiento, da como resultado una determinada cultura política.

El desinterés y apatía de la ciudadanía por la política, puede ser el resultado de que el funcionamiento de la política se asocia con la corrupción o a que la dimensión política se

reduce a la existencia de partidos políticos, a la realización de elecciones libres y competitivas y a que se muestre como una actividad realizada sólo por profesionales. De hecho, la aversión por la participación política, se puede ver, entre otros factores, por el declive de la afiliación de los electores a los partidos políticos y por la desconfianza en las instituciones

En este proceso, la familia, la educación, la sociedad y la cultura son fundamentales en la producción de los imaginarios que permiten elaborar las representaciones y organizar los sistemas de representaciones. Los cambios sociales, culturales, económicos y políticos producidos en las últimas décadas y el clima de violencia repercuten en las formas de participación de la ciudadanía.

Socialización y cultura política

La identidad política se produce a lo largo de prolongados procesos de socialización o resocialización, que van delineando una determinada forma de comprender el universo propio de la política. Esta identidad política se empieza a conformar a partir de la forma en cómo la ciudadanía percibe, comprende y valora la política y de su bagaje cultural, el cual otorga sentido al conjunto de prácticas que desarrolla, tanto en el ámbito de las instituciones públicas como en el de la interacción social cotidiana (Winocur y Gutiérrez, 2005).

En la socialización política participan un importante número de instituciones, organizaciones y actores que funcionan como detonadores o medio para el aprendizaje político. A este conjunto de elementos se les denomina agentes de socialización política,⁸ y pueden ser primarios y secundarios, su importancia depende de las funciones que cumplen en las diferentes etapas de la edad cronológica de las personas.

⁸ Estos agentes influyen en el individuo de manera directa o indirecta. La directa es por medio de los agentes especializados en la política, quienes asumen la conducción de la formación política. La indirecta se produce a través de agentes que no tienen funciones específicamente políticas, pero predisponen hacia orientaciones, valores, imágenes y símbolos que producen determinados comportamientos políticos. La socialización política se realiza en gran medida por vía indirecta (Almond y Powell, 1972).

De acuerdo con Almond y Verba (1970) existen tres agentes y etapas de socialización política: la familia y la relación de autoridad con el padre⁹; la escuela y los modelos de autoridad educativa¹⁰; y las organizaciones sociales de la vida adulta, particularmente los modelos de autoridad y participación en el trabajo. Señalan que la familia transmite valores que regulan diferentes aspectos de las relaciones entre los individuos y contribuye a la reproducción de ciertos valores como el respeto a la autoridad, la obediencia, valores religiosos, étnicos, conciencia de la clase social a la que se pertenece, etc., por tanto, la reconoce como la principal agencia de socialización. No obstante, a pesar de que la familia es una instancia de socialización primaria, no es determinante en la socialización política.

Para los autores, la conducta política como resultado del tránsito de la infancia a la vida adulta es difícil de probar, debido a que entre estas dos etapas transcurre una cantidad de tiempo significativa y en este lapso los individuos tienen que pasar por un proceso de adaptación y ajuste.

La instancia más importante de socialización política es el trabajo, pues existe correlación positiva entre la participación en las decisiones que se toman en el empleo y la competencia cívica, probablemente porque las estructuras de autoridad política y laboral tienen muchas semejanzas. Si se considera que es distinta la personalidad real del individuo de la conducta social de éste, siempre se presentará un problema de correspondencia entre las ideas y valores de la vida privada con las acciones en la vida social. Por tanto, siempre habrá una serie de limitaciones para transformar las convicciones personales en decisiones institucionales o de grupo. No obstante, parece que los autores establecen una especie de complementariedad, al considerar que un individuo es más competente en la toma de decisiones políticas cuando ha tenido la oportunidad de participar en las decisiones que se toman a nivel familiar, escolar y en el trabajo. Esto le abre las posibilidades de sentirse a sí

⁹ La familia inicia al niño desde su nacimiento en el proceso de aprendizaje y formación de las bases de la personalidad, los contenidos políticos que transmite esta institución juegan un papel fundamental y pueden persistir en la edad adulta.

¹⁰ Los agentes secundarios de socialización política son: los grupos de pares (amigos, compañeros), las instituciones educativas, los medios de comunicación, las organizaciones religiosas, los sindicatos y las instituciones políticas. Muchos de estos agentes se relacionan con el individuo desde su niñez, realizando una socialización simultánea con la familia (Almond y Powel, 1972).

mismo con mayor capacidad de influir en estas decisiones y por ende de tener mayor participación política.

Existen factores latentes como la estructura familiar, las interacciones dentro de la familia, el clima familiar y las experiencias con los padres de idealización o rechazo, que pueden condicionar la conducta social y política. Pero también existen otros factores que influyen en el grado de politización, como el nivel socioeconómico, pues es un factor estructural que influye en la forma de relacionarse al interior del núcleo familiar, en la manera del pensar, sentir y actuar, constituyendo los rasgos característicos propios de los miembros de una clase social (Cortés y Parra, 2009). Estos factores son fundamentales en la construcción de la cultura política, pero hoy en día la cultura política no es ajena al contexto de violencia que se vive en nuestro país.

Imaginarios y representaciones

Los imaginarios y las representaciones son dos aspectos que ayudarán a comprender el contexto en el que aparece la violencia y se presenta ante la sociedad. Los imaginarios tienen una dualidad. Por un lado, al agruparse las conciencias individuales, se forman significados colectivos que cuando se generalizan se hacen homogéneos. En este sentido, la creación de los imaginarios colectivos se comprende como producto de la cultura y en ese contexto se entiende a los sujetos. En este universo simbólico habitan los significados y al internalizarlos los individuos construyen modelos, y a partir de ellos cada sujeto ordena su vida, construye su carácter y su forma particular de ser, sin perder de vista que esto lo hace en el contexto del colectivo¹¹.

Los imaginarios son formas que tienen sustento en las configuraciones que se han producido en el pensamiento a nivel colectivo y contribuyen a dar cuenta de la realidad en la que vivimos. Son los imaginarios los que construyen los modelos de interpretación, las

¹¹ En esta segunda dualidad se ubica la propuesta de Castoriadis (2005). De este autor se retoma el término de imaginario, quien habla del imaginario social, al desarrollar la idea de la institución imaginaria de la sociedad. Castoriadis centra su atención en lo significable, que permite construir los mundos sociales, por tanto, para él, lo que da sentido y significación a la realidad surge de las culturas, en las cuales se encuentran inmersas las vidas de las personas. Es en las culturas donde se debe buscar las formas y los contenidos que los seres humanos han establecido para crear ordenamientos y definir lógicas, es decir, en donde han creado mundos. De hecho, todo el bagaje social en un individuo, es construido o creado, en correspondencia con las instituciones de la sociedad. El lenguaje es un ejemplo de creación del imaginario social y en él residen las significaciones creadas por los seres humanos a lo largo de la historia para darle sentido a la existencia.

estructuras y formas sociales, que en el caso de la ciudadanía hacen referencia a las relaciones de los sujetos con la realidad social.

Los imaginarios colectivos son el conjunto de significaciones compartidas que definen y estipulan lo que para una sociedad es lo valorado y lo rechazado, lo normal y lo patológico, lo que es “real” y aquello que no lo es, lo que tiene sentido y lo que no lo tiene, lo cuestionable y lo imposible de ser siquiera pensado. Cohesionan y permiten el entendimiento y la comprensión entre las personas. Sirven de soportes sociales sin los cuales no se puede organizar ninguna sociedad.

Las representaciones sociales son producto de la interacción social y simbólica de los individuos pertenecientes a grupos sociales concretos, y en ella se puede observar el rastro de su actividad social. Las prácticas sociales de los grupos se reflejan, consolidan y actualizan en las representaciones sociales. Las representaciones sociales tienen que ver con la memoria colectiva, la identidad social, las relaciones intergrupales, los estereotipos, actitudes, lenguaje, comunicación y cambio social. Es posible conocer el pensamiento social del colectivo en una perspectiva más amplia a través de las representaciones sociales (González, 2006).

Las representaciones sociales se construyen, comparten y difunden en los espacios en los que interactúan las personas. Las representaciones sociales tienen que ver con la memoria colectiva, la identidad social, las relaciones intergrupales, los estereotipos, actitudes, lenguaje, comunicación y cambio social.

Los imaginarios son colectivos cuando adquieren sentido en la medida en que son compartidos por varias personas y cumplen la función de permitir el intercambio de contenidos y con base en ello lograr la comunicación. Los imaginarios son los que permiten que se elaboren las representaciones y se organicen sistemas de representaciones.

VIOLENCIA

Según el Informe de Desarrollo Humano 2005, del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), durante el siglo XX se produjeron casi 10 veces más muertos que en el siglo XIX (109 millones según sus cálculos) y su porcentaje habría ascendido a más de 4% frente a 1.6 que había supuesto el siglo XIX, con el agravante de que, continuamente, las guerras han tenido cada vez más víctimas civiles, sobre todo niños y mujeres.

América Latina se caracteriza por ser un continente con altos niveles de violencia. A lo largo del siglo XX la violencia dominó la vida social de los ciudadanos, lo curioso es que hoy en día esta violencia no es el resultado de guerras o gobiernos dictatoriales.

En el caso de México, el tema de la seguridad se ha convertido en las últimas tres décadas en una de las principales preocupaciones sociales. El incremento en los niveles de delincuencia, la percepción de inseguridad y el temor ciudadano, cuando se combinan con la problemática social que se presenta actualmente en nuestro país, genera desconfianza en las instituciones y produce una sociedad cada vez más vulnerable.

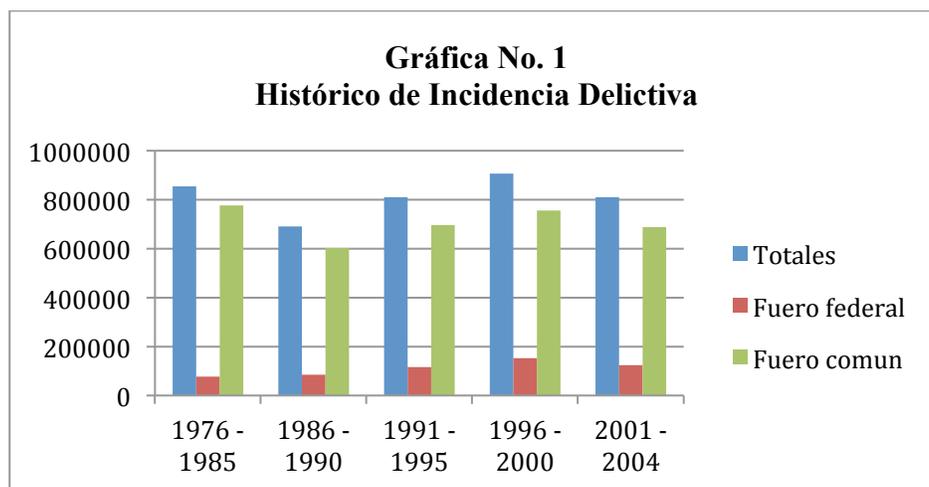
Al respecto, cabe destacar que en la primera década del siglo XXI México se dirigió hacia una especie de guerra civil. *Es una guerra civil de las llamadas “nuevas” que se libran por ganancias materiales, no por motivos políticos. Y es una guerra que son muchas guerras. Una guerra opaca donde conviven, se mezclan y se refuerzan la violencia criminal de empresas ilícitas y del Estado, la violencia entre organizaciones criminales y dentro de las mismas y la violencia ejercida contra combatientes y contra la población civil* (Schedler, 2014: 9).

La violencia en general y los eventos que se han presentado en Chihuahua, Michoacán, Tamaulipas, el D.F. y el Estado de México parecen haber iniciado un acelerado ascenso en los últimos 10 años, con claras diferencias por regiones, siendo el aumento en estos últimos mucho más claro.

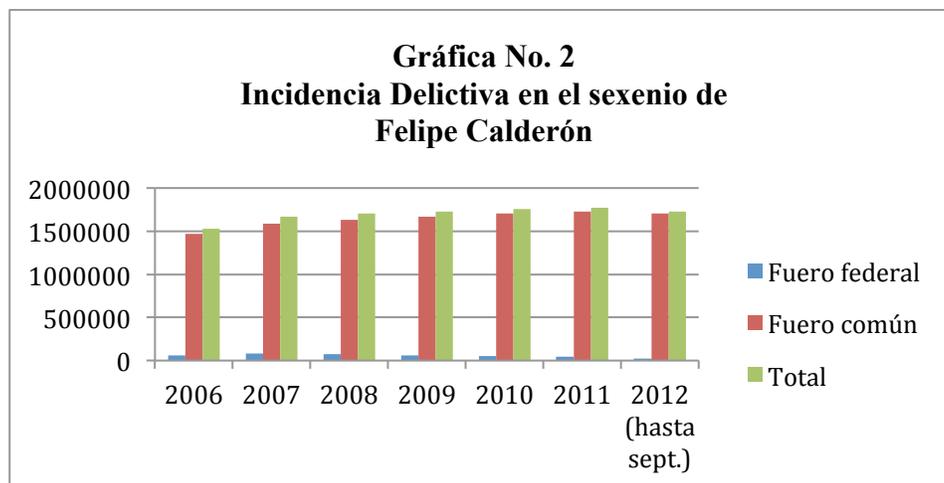
En estos espacios geográficos *...los ciudadanos no están sujetos a un régimen represivo nacional, sino a redes dictatoriales locales. Hay mucha variación territorial y social en la*

violencia privada que ejercen las organizaciones criminales. No todo está contaminado. Hay espacios de paz y libertad (Schedler, 2014: 11).

El tránsito a la “democracia” en México, que inicia formalmente con la alternancia en el poder en el año 2000, ha estado marcada porque el umbral formal de víctimas es superior a los de una guerra civil. Durante el primer año de la presidencia de Vicente Fox, en 2001, las llamadas “ejecuciones”, los homicidios atribuidos al crimen organizado ascendieron a 1,080, pero en el último año de su administración esta cifra se había más que duplicado, con 2,221 asesinatos. En el sexenio de Felipe Calderón, la violencia organizada ascendió de manera escandalosa. El número de asesinatos relacionados con el crimen organizado inició con 2,766 en 2007, alcanzó un máximo de 16,603 en el año 2011 y cerró con 13,675 en el último año de su mandato. Esta alarmante cifra sólo es superada por la delincuencia común, pues cabe resaltar que el 95% de los ilícitos que se cometen en el país corresponden al ámbito del fuero común (Ver gráficas 1 y 2).



Fuente: Elaboración propia con base en información del Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública.



Fuente: Elaboración propia con base en información del Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública.

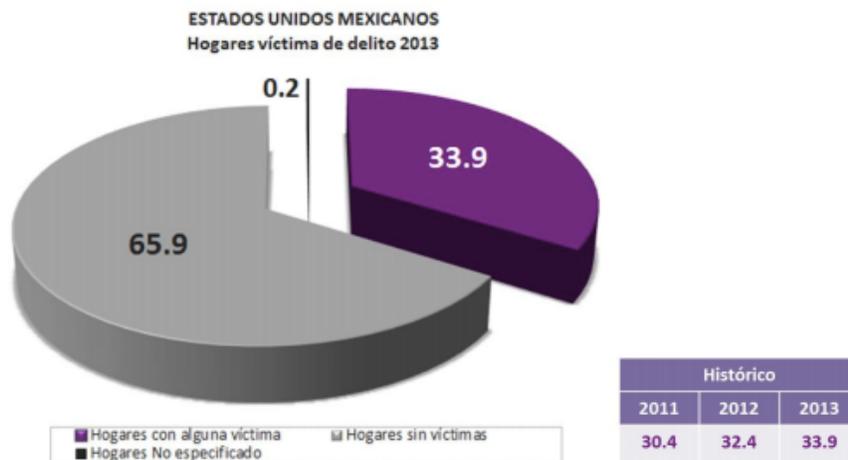
Esto demuestra que el incremento de la delincuencia ha potencializado de manera inquietante los delitos del fuero común, generando un efecto de espejo, en el cual la delincuencia común se ha vuelto un reflejo, cada vez más claro y nítido, de la delincuencia organizada.

Complementando lo anterior, según la Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública 2014 (ENVIPE) durante 2013 se generaron 33.1 millones de delitos asociados a 22.5 millones de víctimas. Esto representa una tasa de 1.5 delitos por víctima, registrándose un incremento en relación a 2012 que tuvo una tasa de 1.3 delitos por víctima. Asimismo estima que 33.9% de los hogares del país tuvo, al menos, una víctima de delito¹² durante 2013, es decir, 10,741,139 hogares víctimas de un total de 31,683,869 hogares estimados (Ver gráfica No. 3).

¹² La ENVIPE mide delitos que afectan de manera directa a las víctimas o a los hogares, tales como: robo total y parcial de vehículo, robo en casa habitación, robo o asalto en calle o transporte público, robo en forma distinta a las anteriores (como carterismo, allanamientos con robo en patio o cochera, abigeato y otros tipos de robo), fraude, extorsión, amenazas verbales, lesiones y otros delitos distintos a los anteriores (como secuestros, delitos sexuales y otros delitos).

Gráfica No. 3

Hogares víctimas de delito 2013



Fuente: INEGI, ENVIPE 2014.

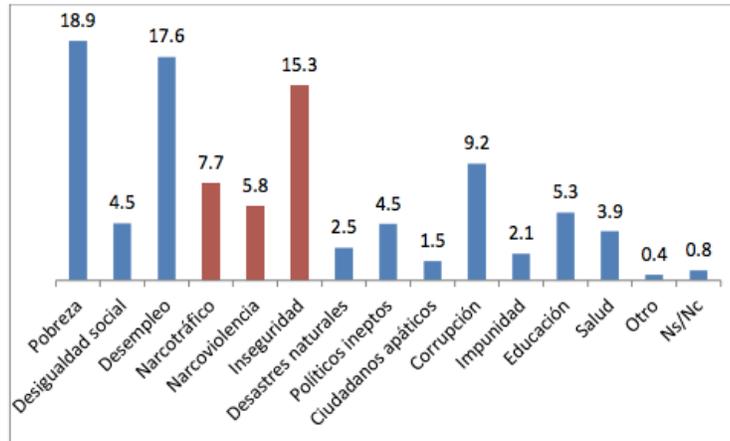
La violencia genera un clima de miedo y una sensación de inseguridad, por ello, la gente tiende a cuidarse en sus actos y expresiones públicas. La “inseguridad” es el término abstracto que tienden a utilizar los ciudadanos para referirse al conjunto confuso de violencias criminales en el país, sean organizadas o delincuencia común.

La intranquilidad por la violencia y la inseguridad por parte de la ciudadanía, sólo es superada por su preocupación por la pobreza y el desempleo en el país según el informe *Balas y votos: Violencia, política y ciudadanía en México* (Ver gráfica No. 4).

Pero según la ENVIPE el 58.1% de la población de 18 años y más considera que la inseguridad y delincuencia es el problema más importante que agobia hoy en día en su entidad federativa, en segundo lugar está el desempleo con 46.1% y en tercer lugar el aumento de precios con 37.7% (Ver gráfica No. 5).

Gráfica No. 4

Los problemas principales del país

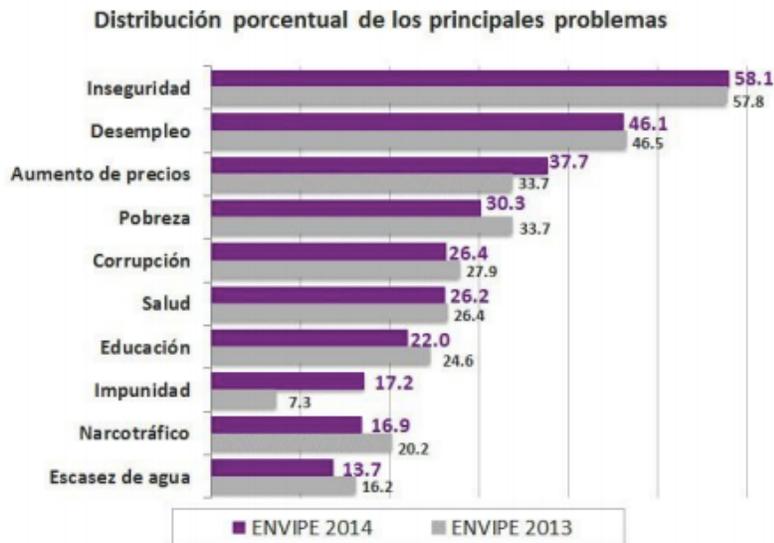


Pregunta: De los problemas que está enfrentando el país que se muestran en esta tarjeta, ¿cuáles son los tres que le preocupan más? (suma de tres menciones, N = 7,200, porcentajes válidos)

Fuente: (Schedler, 2014).

Gráfica No. 5

Principales problemas del país



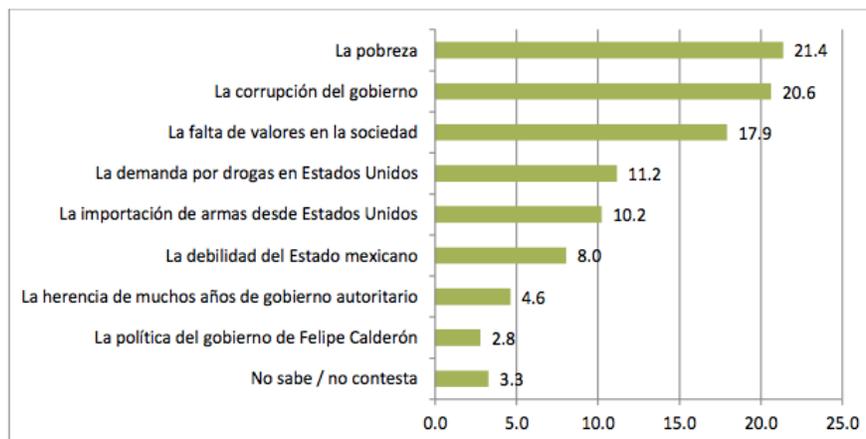
Fuente: INEGI, ENVIPE 2014.

Muchos ciudadanos dan explicaciones sociales de la violencia, siendo la pobreza la primera causa estructural de la violencia –21.4%–, en segundo lugar la corrupción gubernamental –20.6%– y en tercer lugar la debilidad de valores sociales –17.9%–. Esto muestra que los

ciudadanos combinan explicaciones estructurales, institucionales y culturales (Ver gráfica No. 6).

Gráfica No. 6

Las causas principales de la violencia organizada



Pregunta: ¿Cuáles piensa usted que son las tres causas principales de la violencia organizada en México? (suma de tres menciones, N = 7,200, porcentajes válidos)

Fuente: (Schedler, 2014).

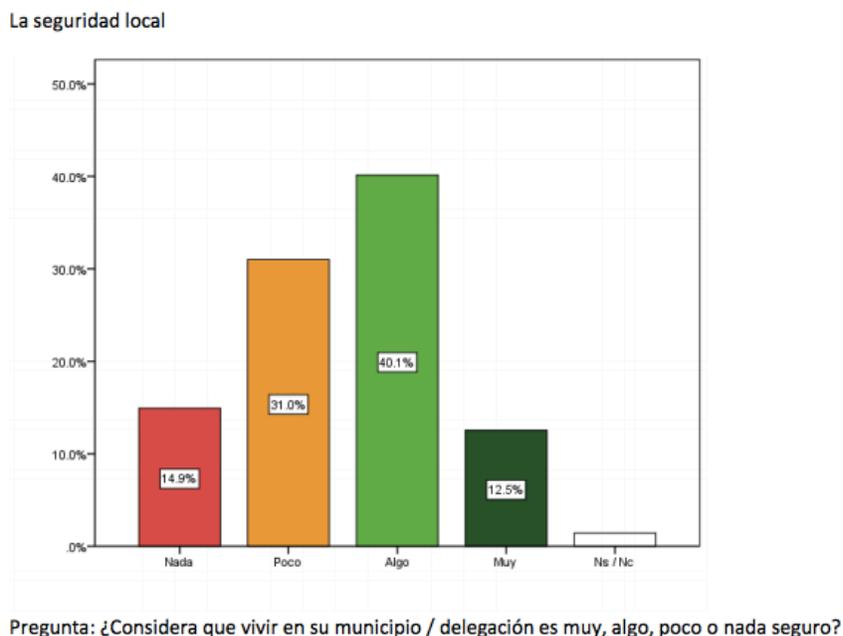
La inseguridad y la violencia atentan directamente contra el desarrollo de la sociedad e incluso contra la estabilidad de una democracia, Pilar Lledó señala que *el miedo nos impide sentirnos libres, y sin la libertad la democracia carece de sentido alguno, de esta manera, el sentimiento de inseguridad limita el desarrollo del ser humano al sentirse atemorizado e impedido para la realización de cualquier actividad.* (Lledó, 2006:136)

Lledó Real (2006) señala dos formas de medición de la violencia y la inseguridad: la seguridad subjetiva y la seguridad objetiva; la primera hace referencia a la percepción que tiene la ciudadanía sobre la inseguridad, la cual no siempre coincide con la incidencia real de delincuencia y la segunda se refiere a los hechos evidentes y cuantificables que ocurren dentro de una sociedad.

Según datos de la Encuesta Nacional de Seguridad Pública Urbana (ENSU, 2014) las cifras correspondientes al mes de junio del presente año el 70.2% de la población mayor de edad

considera *que vivir en su ciudad es inseguro*¹³. Asimismo, a nivel nacional, según la ENVIPE 64.1% de la población de 18 años y más identifica en los alrededores de su vivienda, como primera conducta delictiva o antisocial, el consumo de alcohol en la calle.

Gráfica No. 7



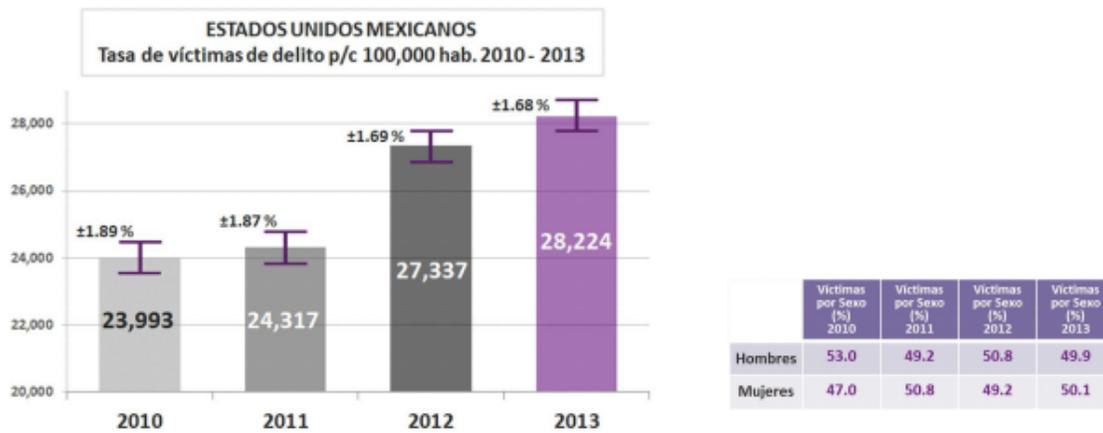
Fuente: (Schedler, 2014).

El incremento de las víctimas del delito ha sido constante, en los últimos cuatro años, a pesar de los esfuerzos institucionales por combatir la violencia y la delincuencia. La ENVIPE estima que durante 2013 hubo 22.5 millones de víctimas de 18 años y más, lo cual representa una tasa de 28,224 víctimas por cada cien mil habitantes.

¹³ Durante el mes de junio de 2014, 20.6% de la población de 18 años y más que reside en las ciudades, consideró que en los próximos 12 meses la situación de la delincuencia en su ciudad seguiría igual de bien y 13.7% que mejoraría, mientras que 37.2% consideró que seguiría igual de mal y 27.1% que empeoraría. Al considerar los resultados de los cuatro períodos en los que se ha levantado la encuesta, se observa que es mayor la proporción de población que considera que la situación de la delincuencia “seguirá igual de mal” y que “empeorará”, y en particular este último tuvo un incremento de 3.1 puntos porcentuales en comparación con septiembre de 2013. Asimismo, hay una disminución en la expectativa de “mejora” de la seguridad pública de 1.7 puntos porcentuales respecto de marzo de 2014 y de 5.1 puntos porcentuales con respecto a septiembre de 2013 (ENSU, 2014).

Gráfica No. 8

Victimización de la población de 18 años y más



Fuente: INEGI, ENVIPE 2014.

Cuadro No. 1

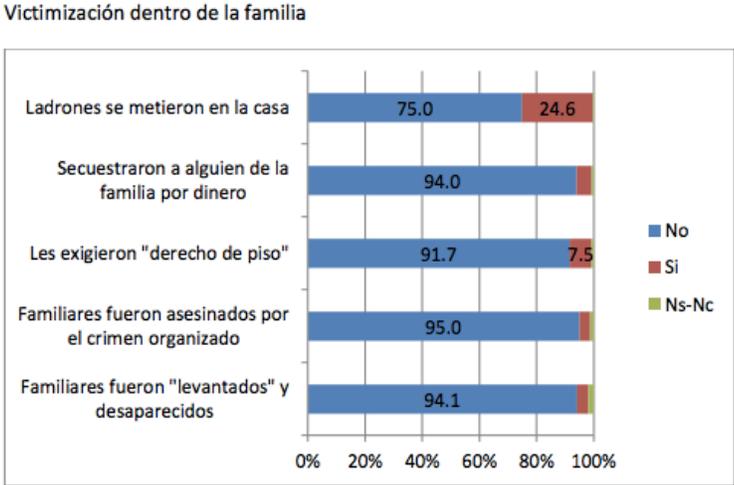
Tasa de Víctimas por cada 100,000 habitantes para la población de 18 años y más, por entidad federativa, 2012 y 2013.

Entidad	Víctimas 2012	Víctimas 2013	Cambio (Δ %)	Entidad	Víctimas 2012	Víctimas 2013	Cambio (Δ %)
NACIONAL	27,337	28,224	3.2				
Aguascalientes	27,225	26,784	-1.6	Morelos	29,310	26 146	-10.8
Baja California	36,579	39,507	8.0	Nayarit	19,169	18 535	-3.3
Baja California Sur	27,043	24,746	-8.5	Nuevo León	31,316	26 516	-15.3
Campeche	21,991	23,710	7.8	Oaxaca	14,335	16 291	13.6
Coahuila	19,540	24,040	23.0	Puebla	22,733	23 585	3.7
Colima	24,908	22,059	-11.4	Querétaro	24,002	23 554	-1.9
Chiapas	12,620	16,445	30.3	Quintana Roo	29,703	26 519	-10.7
Chihuahua	32,567	27,344	-16.0	San Luis Potosí	26,810	25 710	-4.1
Distrito Federal	31,675	33,068	4.4	Sinaloa	26,141	23 588	-9.8
Durango	24,232	22,157	-8.6	Sonora	29,131	27 395	-6.0
Guanajuato	28,861	27,293	-5.4	Tabasco	20,837	22 725	9.1
Guerrero	26,789	26,002	-2.9	Tamaulipas	21,407	17 570	-17.9
Hidalgo	19,451	19,890	2.3	Tlaxcala	18,150	21 924	20.8
Jalisco	31,861	33,029	3.7	Veracruz	18,733	20 246	8.1
Estado de México	41,048	47,778	16.4	Yucatán	19,548	18 438	-5.7
Michoacán	20,354	20,002	-1.7	Zacatecas	20,337	20 863	2.6

Los datos anteriores demuestran que la problemática en nuestro país rebasa los hechos violentos y delictivos en sí, el problema se ubica también en el terreno de la percepción y la sensación de inseguridad. De hecho, las actitudes de los ciudadanos cuando hablan con otras personas o se enteran por los distintos medios de comunicación sobre actos de

violencia, no siempre tienen relación con la violencia objetiva. Pero sí están relacionados con el nivel de preocupación personal y tranquilidad colectiva, sobre todo cuando en el contexto familiar ha sufrido los embates de la delincuencia, como se puede ver en la gráfica no. 9.

Gráfica No. 9



Preguntas: ¿A usted o a alguien de su familia, les ha sucedido en los últimos años que ladrones se hayan metido a su casa? ¿Que los hayan secuestrado para pedir dinero a su familia? ¿Que les hayan exigido "derecho de piso" para sus negocios o actividades?

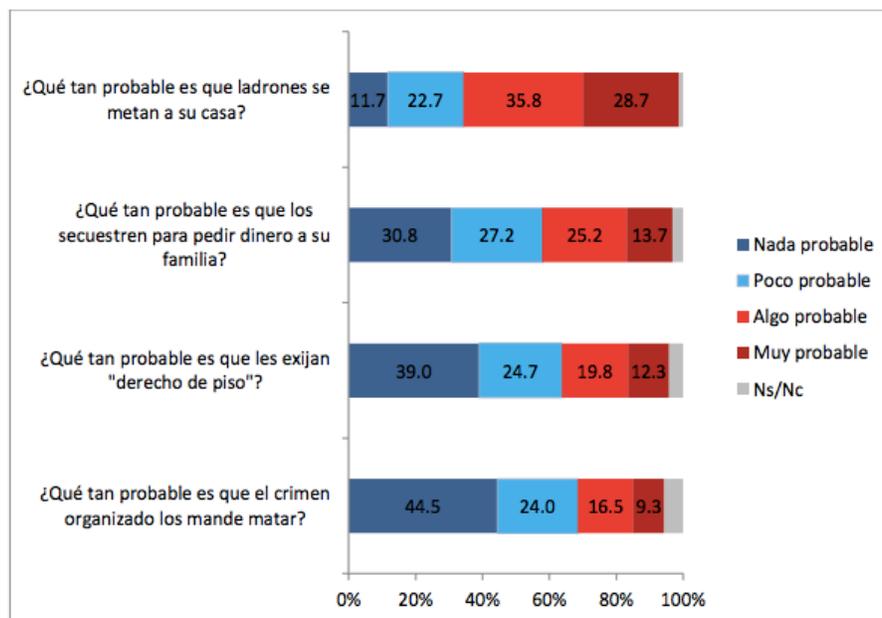
Fuente: (Schedler, 2014).

En todo caso, sea por la violencia objetiva o subjetiva y ante la incapacidad institucional para hacerle frente a esta problemática, los ciudadanos buscan responder a la violencia de distintas maneras que, en el fondo y a largo plazo, menoscaban la capacidad de la sociedad para apuntalar la transición hacia la democracia.

Sin embargo, aunque los ciudadanos no hayan tenido experiencia directa y personal con algún tipo de delito tienen la sensación de poder ser víctimas de la delincuencia. Según el informe *Balas y votos: Violencia, política y ciudadanía en México* cerca del 65% de las personas ven probable que se metan ladrones a su casa; cuatro de cada diez personas sienten que es probable que los secuestren para pedir rescate; tres de cada diez personas sienten que es probable que la delincuencia organizada en algún momento les cobren y una cuarta parte ven la probabilidad de que los mande asesinar (Ver gráfica no. 10).

Gráfica No. 10

Probabilidades de victimización personal



Preguntas: ¿Qué tan probable cree que a usted o a su familia les ocurran las siguientes cosas en los próximos años? Que ladrones se metan a su casa, que los secuestren para pedir dinero a su familia, que les exijan "derecho de piso" para sus negocios o actividades que realizan, que el crimen organizado los mande matar.

Fuente: (Schedler, 2014).

El crimen, la violencia y los problemas de inseguridad ciudadana que predominan en México atentan contra la consolidación de una verdadera cultura política democrática y abre espacios para el autoritarismo. El desarrollo de la cultura política se ve limitada, debido a que la violencia y la sensación de inseguridad provocan incertidumbre entre los ciudadanos, quienes terminan por confinarse al espacio privado, auto restringiendo sus libertades civiles e incluso políticas.

Conclusión

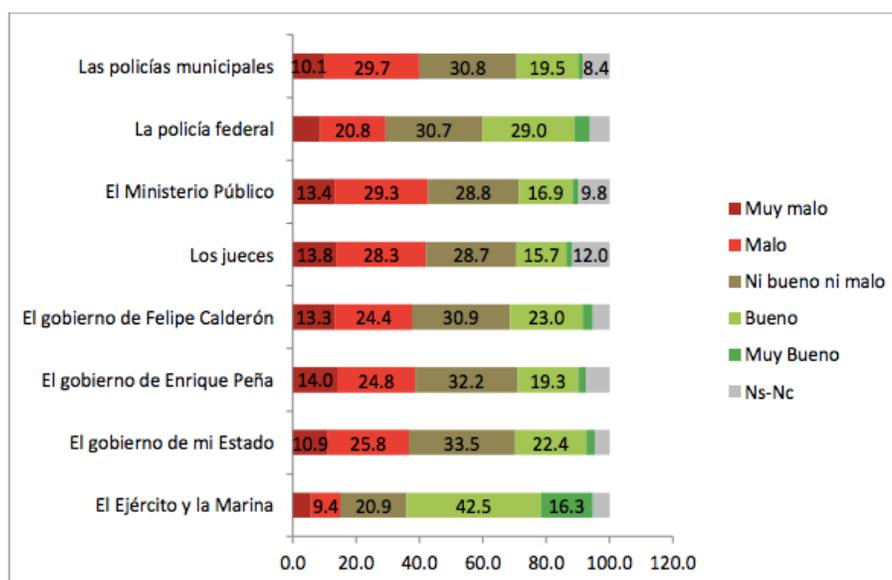
El impacto de la violencia en la cultura política y por ende en la construcción de la ciudadanía, no es un tema de discusión ni de preocupación. No obstante, no es posible una democracia sin un verdadero Estado de derecho. En esta sola frase reside la importancia y pertinencia de discernir en lo relativo al tema; de ello depende la consolidación democrática y nuestros referentes políticos futuros. Las instituciones, el acceso a la justicia, la norma

jurídica son fundamentos del Estado de derecho, en ellos se manifiesta y se realiza; comprender y ejercer los beneficios del Estado de derecho constituye la forma de plasmar ciudadanía en nuestra sociedad.

La elevados niveles de violencia que prevalecen en nuestro país aleja a los ciudadanos del espacio público e impiden el desarrollo de una cultura política democrática, sus efectos más serían: reducción de la participación ciudadana; acciones autoritarias por parte del Estado o de los grupos delincuenciales que terminan por erosionar el respeto por las libertades civiles y los derechos humanos y pérdida de confianza en la eficacia institucional para contrarrestar esta problemática, como se puede ver en la gráfica no. 11.

Gráfica No. 11

Eficacia institucional



Pregunta: ¿Cómo calificaría el trabajo que han hecho las siguientes instituciones en el combate al crimen organizado? (opción intermedia = espontánea)

Fuente: (Schedler, 2014).

El problema es que cuando se restringen los espacios para la participación ciudadana, se abre el espacio para generar prácticas autoritarias, aún cuando los políticos en el discurso minimicen el problema e intenten generar confianza entre la ciudadanía, esta retórica discursiva no abona al proceso democrático de nuestro país.

Bibliografía

Almond, Gabriel A. y Sinye Verba (1970) *La cultura cívica. Estudio sobre la participación política democrática en cinco naciones*. Madrid: FOESSA.

Almond, Gabriel A. y Gabriel Powell (1972) *Política Comparada*. Buenos Aires: Ed. Paidós,

Almond, Gabriel A. y Sinye Verba (1989 [1963]), *The Civic Culture. Political Attitudes and Democracy in Five Nations*. Newbury Park, CA: Sage Publications.

Almond, Gabriel A. y Sinye Verba (2007) “La cultura política”, en Almond et. al. *Diez textos básicos de ciencia política*. España: Ariel.

Castoriadis, Cornelius (2005) *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto*. Barcelona: Gedisa.

Cortés Ramírez, Dennys Andrea y Gladys Parra Alfonso (2009) “La ética del cuidado. Hacia la construcción de nuevas ciudadanía” en revista *Psicología desde el Caribe* N° 23, enero-julio 2009. Colombia: Universidad del Norte.

Durand Ponte, Víctor Manuel (2004) *Ciudadanía y cultura política México 1993-2001*. México: Siglo XXI, editores.

González, Marco Antonio (2006) “Representaciones sociales: pensamiento social y prácticas grupales” en González, Marco Antonio *Pensando la política en jóvenes mexicanos. Representación social y cultura política en jóvenes*. México: Plaza y Valdés.

Guerra, François-Xavier (1999) “El Soberano y su reino. Reflexiones sobre la génesis del ciudadano en América Latina” en Hilda Sabato (coord) *Ciudadanía política y formación de las naciones: Perspectivas históricas*. México: El Colegio de México- Fideicomiso Historia de las Américas-Fondo de Cultura Económica.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) Encuesta Nacional de Seguridad Pública Urbana, 2014 (ENSU) Disponible en: <http://www.inegi.org.mx/inegi/contenidos/espanol/prensa/comunicados/percepcionsp.pdf>

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública, 2014 (ENVIPE). Disponible en: <http://www.inegi.org.mx/inegi/contenidos/espanol/prensa/Boletines/Boletin/Comunicados/Especiales/2014/septiembre/comunica11.pdf>

Lledó, Pilar 2006, *Violencia y Seguridad Pública. Una propuesta institucional*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Peschard, Jacqueline (1994) “La cultura política democrática” en *Cuadernos de Divulgación de la Cultura Democrática*, No. 2. México: Instituto Federal Electoral.

Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) Informe de Desarrollo Humano 2005. Disponible en: <http://www.mx.undp.org/>

Schedler, Andreas (2014) “Balas y votos: Violencia, política y ciudadanía en México” en *Ciudadanía y violencia organizada*, Centro de Investigación y Docencia Económicas Ciudad de México (CIDE)-Instituto Federal Electoral (IFE), México.

Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública. Disponible en: <http://www.secretariadoejecutivosnsp.gob.mx/es/SecretariadoEjecutivo/>

Winocur, Rosalía y Roberto Gutiérrez (2005) *Participación civil y política en el Distrito Federal. Una perspectiva cultural para su análisis e interpretación*. México: Instituto Electoral del Distrito Federal.